

CRÓNICA DE VITORIA

¿INCOHERENCIAS?—LOS VASCONGADOS POCO VISITEROS.—LA MARQUE-
SA DE LOS ARMARIOS.—BOMBA FINAL.—¿MÁS INCOHERENCIAS?—
ANCIANITO PEGAJOSO.—DOS PARES DE ROTAS.

CUÁL más cuál menos de los lectores se les habrá ocurrido pensar al leer la narración de ciertos sucesos estupendos y al parecer inverosímiles, descriptos en novelas y periódicos, que el novelista y el periodista exageraban demasiado el asunto; el primero para aumentar las páginas de su libro y el segundo para *hinchar el perro*, como se dice en el *argot* de la prensa.

Sin embargo, en la vida real suceden cosas que superan en mucho a las, al parecer, exageraciones de los literatos, ya escriban en los periódicos, ya hagan una novela. Puedo ofrecer a los lectores la narración de varios casos de esos, pero citaré sólo dos, para no ser eterno ni molesto, en los cuales fui no sé si actor o víctima; me parece que esto último.

He aquí el primer caso.

Generalmente somos los hombres vascongados poco visiteros; quiero dar a entender, con esta palabra, que somos poco amigos de hacer visitas, sobre todo visitas de cumplido.

Tocóme, no hace mucho, hacer una de éstas, bien contra mi voluntad, pero mi mujer se empeñó tanto, tanto porfió y tan tenaz estuvo, que accedí al sacrificio sólo para darla gusto.

Una tarde apacible y hermosa en la calle, si bien en alguna casa corrían vientos de fronda, como verá luego el lector, se desempolvó la levita, se cepilló el sombrero tubular y se desenfundó el bastón de los

días festivos; mi mujer sacó los trapos que se usan sólo los días del santo del pueblo y nos encaminamos, hechos un brazo de mar (en seco) mi consorte y yo en demanda del domicilio de la visitada, que no era ni vieja ni fea en extremo.

Nos introdujeron en una habitación que no era sala ni gabinete y estaba amueblada y decorada ni con lujo ni con pobreza. Presentóse enseguida—porque tuvimos la poca fortuna de encontrarla—la señora de la casa, que nos recibió con grandes muestras de satisfacción y no escasas zalemas. Nos sentamos y entablamos conversación, es decir, la entablaron la visitada y mi consorte. Por mi parte me entretenía en mirar los enrevesados dibujos de la alfombra y en contar los *bi-belots* y cachivaches innumerables esparcidos sobre las mesas, algunos de ellos de muy buen gusto y hasta artísticos, por cierto.

De pronto me fijé, sin saber por qué, en la conversación.

Decía la señora que era prima de una marquesa, muy guapa, muy rica, que disponía de coche y tenía mucha ropa blanca, que arreglaba ella misma en los armarios los domingos que no acostumbraba salir de paseo; como si dijéramos, que se quedaba en casa, parodiando a las de *Cachupín*.

Sin poderlo remediar tercié en la conversación, en esta forma, no muy cortés, que digamos:

—Bien se conoce, señora, que es usted de la misma ganadería de su prima, por lo mucho que se la parece; pero su primita, que es un guapa y tiene dinero y coche y ropa blanca, ¿cómo no tiene doncellas que le arreglen ésta? Además, me consta de buena tinta, como que era amiga nuestra, que la marquesa se murió hace medio siglo.

Mi esposa se puso amarilla, verde, azul y encarnada, todo a un tiempo, y a poco le da un síncope.

Y así se acabó la visita.

A mi mujer no se la ha pasado nunca por la imaginación que la acompañe a hacer visitas de cumplido.

Vamos con el segundo caso.

O la segunda incoherencia.

Nunca he sido aficionado a permanecer en el café horas y horas, por muy cómodo que sea el asiento y muy confortable el local. A los veinte minutos de la consumación me aburro y me salgo a la calle o me marchó a mi casa.

Concurría algunas veces al departamento reservado de uno de esos

establecimientos—no diré a cual, para que no se crea que hago el reclamo—, reuniéndose en el reducido local personas que lo preferían al suntuoso salón de las grandes sociedades de recreo, y eran todos gente «bien», como ahora se dice. Entre los más asiduos asistentes descollaba un ancianito, correcto en su conducta, pulcro en su traje y de aspecto simpático y comunicativo a más no poder, como se verá.

Cuando había mesas vacías se sentaba a la más próxima ocupada por mí, mostrando grandes deseos de entrar en conversación, haciendo, al pasar, una reverente inclinación de cabeza. Cierta día entró en el local cuando estaban todas las mesas llenas de numerosos parroquianos y únicamente una la disfrutaba un solo cliente. Aprovechando el viejecito la ocasión se dirigió a mí y sombrero en mano me preguntó, cortésmente, si tendría dificultad en sentarse a mi mesa. Entre dulce y agrio le dije que no, y el señor se sentó a mi lado. Yo, resignado (como dice la viudez inconsolable en las esquelas mortuorias), esperé y él comenzó a hablar, no del tiempo ni mal del Gobierno—según costumbre admitida entre españoles—sino de su persona, diciéndome, entre otras cosas, que importaban tan poco como ella, que su hermano, el conde, vivía en Madrid con tanto desahogo, que tenía para su uso hasta dos pares de botas.....

No pude más; salté de mi asiento como impelido por un resorte y le dije:

—Pues amigo, soy más que su hermano, porque tengo en servicio tres pares de zapatos.

No volví al café en un mes, ni he sabido después nada del ancianito pulcro, cortés, simpático y pegajoso.

La moraleja y la gracia están en que todo lo referido es rigurosamente histórico.

Como ven los lectores, la fantasía e invención literarias de novelistas y periodistas queda atrás ante lo relatado en estas cuartillas, que son copia de sucesos desarrollados en la vida real.

La farsa humana es inagotable.

JOSÉ COLÁ Y GOITI
